

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

Devenir analista en las coordenadas del presente: entre la potencia instituyente y la ética de un posicionamiento

Modalidad de presentación: Ensayo

Alumna: Lelli, Maria Sol

Legajo: L-5375/9

DNI: 39.694.842

Docente responsable: Chidichimo, Mariana

2026

Agradecimientos

A mi papá, por darme la libertad de soñar y la confianza para lograrlo.

A mi mamá, por el amor incondicional y por ser sostén en este camino.

A mis amigas, mi novio y compañeros de la facultad, por compartir las preguntas, el afecto y enseñarme que el mejor aprendizaje siempre es con otros.

A Pampillón, por haber sido trinchera y escuela, por transmitirme que no hay excelencia académica sin compromiso social.

A mis docentes, por saber hacer marca en mi recorrido desde la ética y el compromiso.

A la universidad pública y a quienes la sostienen, por ser casa y comunidad, por permitirme encontrar mi propósito.

Índice

Resumen y palabras claves..... 4
Introducción.....5
I. Formación, autorización y posición analítica.....8
I.1 El descentramiento de la escucha: de la técnica al análisis personal.....8
I.2 El quiebre en el consultorio: la política como síntoma y la calle como diván..... 10
I.3 La fractura de las garantías: Plataforma y Documento..... 11
II. La clínica entre la época y la ética.....12
II. 1 Del “ser” al “estar”..... 12
II.2 La ética del semejante: entre la responsabilidad y la ligadura simbólica..... 13
Consideraciones finales.....15
Referencias bibliográficas.....18

Resumen y palabras claves

El presente Trabajo Integrador Final problematiza el proceso de constitución del analista bajo la premisa de que la formación en psicoanálisis no se reduce a la acreditación técnica o académica, sino que constituye un proceso continuo de constitución subjetiva y ética. A partir de una perspectiva cualitativa de revisión bibliográfica y ensayística, se examina la hipótesis de que el psicoanálisis sostiene una tensión estructural con lo instituido.

El recorrido conceptual articula las formulaciones freudianas sobre el trípode formativo (análisis personal, teoría y supervisión) y la propuesta lacaniana de la autorización desprovista de garantías institucionales absolutas. Asimismo, se analizan los aportes del psicoanálisis argentino, priorizando las experiencias históricas de Plataforma y Documento, así como los desarrollos de Fernando Ulloa y Silvia Bleichmar. Se problematiza el pasaje del "ser" al "estar" psicoanalista, enfatizando la plasticidad de la práctica en dispositivos territoriales y comunitarios frente al rigor estático del encuadre clásico. Finalmente, se aborda la ética del semejante como fundamento de una clínica situada que responde al malestar de época y a la restitución de la ligadura simbólica.

Se concluye que devenir analista implica asumir una posición ética e instituyente que habita las fisuras del saber formal, sostiene la dimensión colectiva de la salud mental y concibe la escucha como una práctica política atravesada por el compromiso con el padecimiento singular.

Palabras clave: Devenir analista, potencia instituyente, clínica situada, estar analista, ética del semejante, formación en psicoanálisis.

Introducción

La pregunta por cómo se deviene analista constituye un problema central del psicoanálisis, en la medida en que la formación no puede reducirse ni a la obtención de un título ni a la adquisición de un saber técnico universalizable. En este campo, la autorización del analista, su posición de escucha y su modo de intervención se construyen en una trama compleja donde intervienen el análisis personal, la transmisión teórica, la supervisión, la experiencia institucional y la relación con la época. Por eso, la formación no remite solamente a una instancia académica, sino a un proceso de constitución subjetiva y ética que atraviesa la práctica misma.

Este trabajo se propone interrogar, a partir de un conjunto de autores del psicoanálisis, especialmente argentinos, de qué modo puede pensarse el devenir analista. Para ello, se tomarán como categorías centrales la formación, la autorización, la institución, la ética de la práctica y la dimensión política del psicoanálisis.

La hipótesis que orienta la investigación sostiene que el psicoanálisis se caracteriza por una tensión estructural con lo instituido. Desde Freud (1912), que introduce la exigencia del análisis personal como condición de la práctica, hasta por Lacan (1967), quién desliga la autorización analítica de una garantía institucional absoluta. Asimismo, esta perspectiva se apoya en los aportes de autores argentinos que piensan la formación como una experiencia que excede la academia y se enlaza con la calle, la historia y el lazo con otros.

El psicólogo como psicoanalista (Dagfal & González, 2012) es un estudio de revisión que aborda la historia de la figura del psicólogo argentino como psicoanalista. Allí, los autores refieren a lo problemático del ejercicio del psicoanálisis, porque si bien se necesita un título de psicólogo que habilite la práctica, no existe el “título de analista”. Más bien, depende de la orientación teórica de cada quien. Como señalan los autores mencionados (2012, párr. 32), “la apelación ‘psicoanalista’, al no depender de una carrera regulada por el Estado, puede ser utilizada por cualquier persona, con formación adecuada o sin ella (como en el caso del ‘psicoanálisis silvestre’, que preocupaba a Freud mucho más que el ‘análisis profano’, practicado por no médicos que sin embargo estaban capacitados)”.

En ese sentido, María Luján Ros, una de las psicoanalistas encargadas de la docencia e investigación dentro de la Escuela de Orientación Lacaniana, se pregunta por el efecto de formación. En *La formación del psicoanálisis* (Ros, 2024), establece que, al ser un efecto, no se puede reducir a una universalidad. Por lo tanto, tiene más relación con cómo cada uno subjetiva aquello que recibe de los diversos espacios formativos.

Entonces, plantea que no se trata simplemente de un saber epistémico, pero tampoco hay que dejar de lado los principios que rigen la práctica psicoanalítica. En definitiva, la formación implica que “finalmente, cada enseñante/analizante construye y obtiene su estilo en el propio diván” (Ros, 2024, párr. 12).

Pensar a la formación como un efecto tiene el valor de no concebirla como una mera repetición de aquello que se aprende. Sin embargo, la dimensión individual es la privilegiada en esta lectura. Y eso trae aparejado el problema de pensar a la práctica psicoanalítica sólo dentro del consultorio individual.

La formación del psicoanalista (Caeiro, Perez & Gerez Ambertin, 2009), ubica que lo fundamental en el camino de la formación es romper con lo instituido de la institución académica. En este artículo, los tres psicoanalistas responden al cómo, cuándo y dónde de su formación.

Alfredo Caeiro pone énfasis en cómo sus posiciones políticas y militantes generaron marcas en su recorrido psicoanalítico. Durante su estudio de grado, irrumpió la dictadura de Ongania, en la que muchos de sus docentes renunciaron a su trabajo. Así, el aprendizaje del psicoanálisis se sostuvo en grupos de estudios clandestinos con esos mismos profesores. Sumado a eso, la formación estaba monopolizada en la APA, la cual solo aceptaba a médicos. De esta manera, su recorrido académico fue, sobre todo, por fuera de la academia.

Carlos Perez hace hincapié en los grupos de estudios, nombrándolos como el espacio más adecuado para tramitar las preguntas que surgen del estudio del psicoanálisis. Sus prácticas en instituciones psiquiátricas y la enseñanza del psicoanálisis en la universidad también las califica como formadoras.

Marta Gerez Ambertin, pone el foco en el análisis personal, porque ninguna institución ni psicoanalista tiene la capacidad de autorizar a alguien como tal. Uno mismo tampoco puede habilitarse como tal porque sí, sino que Marta establece que surge de la castración del Otro como garante. Eso es lo que lleva a que un analista se pregunte, con otros, su lugar.

Tanto Ros (2024) como Caeiro, Pérez y Gerez Ambertín (2009) coinciden en situar la formación más allá de los marcos institucionales: en la experiencia, el análisis personal y el encuentro con otros. Sin embargo, mientras Ros acentúa su carácter singular, los autores de Topía subrayan su dimensión política y colectiva.

Estos antecedentes evidencian que la formación en psicoanálisis es un campo de tensiones. Como tal, merece nuestra atención porque concierne a nuestra práctica.

En este recorrido, Fernando Ulloa (1995) resulta especialmente relevante, porque permite concebir el psicoanálisis como un posicionamiento, es decir, como una práctica que no se agota en la clínica individual ni en la reproducción de un saber establecido. Del

mismo modo, Silvia Bleichmar (2005) aporta una perspectiva decisiva al subrayar la necesidad de sostener los paradigmas desprendiéndose del lastre, fórmula que condensa una preocupación por renovar la práctica sin vaciarla de su densidad ética y conceptual. Junto a ellos, los aportes de Caeiro, Pérez y Gerez Ambertín (2009), y de Ros (2024), permiten ampliar la discusión sobre la formación del analista, mostrando que esta no se produce en soledad ni en una pura interioridad, sino en una trama de experiencias, lecturas, instituciones y posicionamientos.

A partir de estos antecedentes, el desarrollo del trabajo se organizará en tres apartados. El primero abordará el problema de la formación del analista en Freud (1912) y Lacan (1967), con el fin de establecer el marco conceptual mínimo desde el cual pensar la cuestión y que traducción tuvo eso en nuestro país. El segundo apartado se centrará en producciones locales, principalmente de Fernando Ulloa (1995) quien propone “estar psicoanalista” en lugar de “ser psicoanalista”.

A su vez, Silvia Bleichmar (2007) y su desarrollo sobre cómo el psicoanálisis debe apuntar a los lazos sociales identificatorios para ir más allá de la supervivencia biológica, aunando nuestra práctica con el malestar de época. Finalmente, se desarrollarán algunas reflexiones conclusivas a partir de la hipótesis de que devenir analista supone sostener una práctica atravesada por la experiencia, el lazo con otros y una permanente tarea de desprendimiento respecto de las formas rígidas del saber.

I. Formación, autorización y posición analítica

La pregunta rectora del presente trabajo, "¿cómo se deviene analista?" surge de la problematización de nuestro propio campo de inserción, bajo la hipótesis de que el psicoanálisis se sostiene en una tensión estructural con lo instituido. Desde Freud poniendo en tela de juicio la psiquiatría de la época, hasta Lacan discutiendo las bases de la transmisión y práctica del psicoanálisis en el interior de la IPA. En Argentina, principal receptora de la enseñanza freudiana, un grupo de analistas concretó su desvinculación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). En un contexto sociopolítico signado por las manifestaciones contra la dictadura vigente, este colectivo sostenía que el psicoanálisis no debía circunscribirse sólo al ámbito privado. Así, cuestionando lo establecido, muchos de ellos buscaron lo instituyente para refundar una práctica situada en un contexto histórico y social, introduciendo al psicoanálisis en la esfera pública, y ubicándolo en el ejercicio de derechos.

I.1 El descentramiento de la escucha: de la técnica al análisis personal

Pensar cómo se deviene analista exige comenzar por Freud (1912), en tanto su obra deja planteados algunos de los ejes fundamentales del problema. En primer lugar, la formación no aparece en Freud (1912) como un recorrido académico cerrado, sino como una experiencia que involucra el análisis personal, el estudio de la teoría y la supervisión de la práctica. Esto supone que quien pretende escuchar analíticamente debe haber atravesado previamente algo de la lógica inconsciente que va a encontrar en su práctica. En otras palabras, la formación del analista no consiste simplemente en aprender conceptos, sino en dejarse afectar por aquello que la experiencia analítica pone en juego.

En ese marco, Freud (1919) introduce una ruptura decisiva con la idea de que la transmisión del psicoanálisis pueda reducirse a la enseñanza universitaria o al dominio de una técnica. El saber psicoanalítico no se transmite de manera lineal, porque su objeto no es un fenómeno exterior al sujeto, sino el inconsciente mismo. Por eso, la formación del analista exige una elaboración singular: no basta con conocer la teoría, sino que es necesario haber trabajado sobre la propia posición subjetiva. Esto vuelve inseparable la formación de una dimensión ética, ya que no cualquier modo de saber habilita la escucha analítica.

En la conferencia 16, *Psicoanálisis y psiquiatría*, Freud (1917) insiste en la diferencia entre una práctica orientada por la clasificación del síntoma y una escucha que

busca su sentido en la historia singular del sujeto. Allí, el psicoanálisis aparece como un saber que no se agota en la observación médica, sino que implica una lectura de la determinación inconsciente y de la lógica propia de cada caso. En ese punto, la formación del analista exige una posición distinta de la del médico o el psiquiatra, ya que escuchar psicoanalíticamente supone no reducir el padecimiento a una explicación orgánica o descriptiva.

De esta forma, quien inventó el psicoanálisis deja sentada una postura clara: no interesa tanto la nosología como la historia singular de ese sujeto que sufre. No existen las biblias psicoanalíticas, o los manuales que permitan una unidireccionalidad, sino que nuestra herramienta es la escucha ética. Pretender encasillar en un universal es desconocer lo fundante del dispositivo analítico: la singularidad como brújula.

Lacan (1967) retoma y radicaliza esta problemática al plantear que el analista no se autoriza sino a sí mismo. Esta formulación no debe entenderse como una afirmación individualista, sino como un modo de desplazar la garantía de la práctica desde la institución hacia la responsabilidad subjetiva. La autorización analítica no proviene entonces de una instancia exterior que certifique definitivamente quién es analista, sino de una operación que implica al sujeto en su relación con el deseo, con el saber y con la transferencia. De allí que la Escuela no funcione como simple aparato de acreditación, sino como un espacio de trabajo donde esa autorización puede elaborarse sin quedar completamente fijada por la norma.

En este punto, Lacan (1967) permite leer la formación como un proceso que no se resuelve en la acumulación de conocimientos, sino en la producción de una posición. El deseo del analista no designa una identidad profesional, sino una función que sostiene la posibilidad de la experiencia analítica. Por eso, el problema de la formación no se agota en el “cómo aprender”, sino que introduce la pregunta por el modo en que alguien llega a ocupar ese lugar sin confundirse con él como si se tratara de un atributo personal. La formación del analista es, en este sentido, una formación descentrada: no organiza un yo competente, sino una posición de escucha atravesada por la experiencia del inconsciente.

Para dar respuesta al problema de cómo verificar el pasaje de la posición de analizante a la de analista, sin ceder a la garantía corporativa, Lacan concibe la experiencia del *Pase*.

El Pase no constituye un examen académico ni una evaluación de méritos teóricos. Es, más bien, la puesta a prueba de un testimonio: la travesía mediante la cual alguien intenta dar cuenta, en la transmisión a otros, del modo en que se produjo la caída del Sujeto Supuesto Saber y el advenimiento del deseo del analista. Allí donde la institución médica o universitaria certificaría una competencia técnica mediante un título

universalizable, el dispositivo del Pase confronta al sujeto con lo incalculable y lo singular de su camino por el inconsciente.

De este modo, la autorización no depende de la bendición de un maestro ni de la acumulación de un saber epistémico, depende de las marcas que el propio análisis dejó en el cuerpo. El Pase inaugura así una paradoja ética decisiva para pensar la formación: la autorización es siempre un acto solitario pero que nunca se realiza en el aislamiento, exige la exposición del propio resto analizante ante la comunidad analítica para que haya, verdaderamente, un efecto de transmisión y de invención de un estilo (Ros, 2024).

I.2 El quiebre en el consultorio: la política como síntoma y la calle como diván

Hay una ilusión frecuente en los inicios de nuestra práctica: la creencia de que el consultorio es una isla, un templo donde el murmullo de la historia no logra penetrar. Nos gusta imaginar que la escucha del inconsciente habita un tiempo fuera del tiempo, preservada tras un diván. Sin embargo, esa pretensión de pureza no es más que una defensa. El inconsciente jamás fue una interioridad clausurada, una cueva biológica o un ámbito privado; es una trama intersubjetiva, una red de palabras, mitos y fracturas de una época. Como sugiere Freud (1921) al desdibujar la frontera entre la psicología individual y la colectiva, el otro siempre está allí: como sombra, como semejante, como herida o como lenguaje.

Si la formación del analista implica el encuentro con una fisura, esa castración que desmonta los saberes absolutos y despoja al Otro de sus garantías, la posición de escucha no puede petrificarse. Como plantea Ulloa (1995), la abstinencia no equivale a una neutralidad pasiva o indiferente frente al sufrimiento; por el contrario, constituye un resguardo ético que impide la manipulación y el ejercicio del poder en la clínica. Cuando esta posición se confunde con una ciega neutralidad ante el dolor social, el psicoanálisis se traiciona a sí mismo, trocando su potencia instituyente por la comodidad de una técnica descomprometida.

En la bisagra donde el deseo singular impacta con el malestar colectivo, la pregunta por el devenir analista desborda la biblioteca. Salir de la fijeza de lo instituido no es un simple gesto político; es una exigencia de la propia escucha. En el entramado argentino, la decisión de quebrar el sesgo corporativo para llevar la práctica al barro de la historia fue el acto ético de reconocer que la "calle" interpela la clínica. No hay escucha inocente cuando el afuera quema. Devenir analista supone sostener esa tensión habida entre el deseo más íntimo y el aire que se respira en la época: la difícil y necesaria tarea de escuchar la singularidad de un sujeto sin cerrar las ventanas al vendaval del mundo.

I.3 La fractura de las garantías: Plataforma y Documento

En Argentina, esta discusión adquiere una tonalidad propia cuando se recuerdan las experiencias de Plataforma y Documento, surgidas en un momento de fuerte politización del campo intelectual y psicoanalítico. Allí, la ruptura con la APA no fue sólo institucional, sino también una toma de posición respecto de la función social del psicoanálisis, en el marco de una época atravesada por el Cordobazo y por la pregunta del lugar del analista frente al malestar de su tiempo. Ese antecedente resulta importante porque muestra que el devenir analista no puede pensarse aislado de las condiciones históricas que modelan su práctica. Desde esta perspectiva, la formación no es sólo una cuestión de escuela o método, sino también de cómo el psicoanálisis se deja interpelar por el lazo social y por las disputas de su época.

En este punto, Marie Langer abre una veta decisiva para pensar la ruptura con la APA no como un simple episodio institucional, sino como una toma de posición frente a la pretendida neutralidad del psicoanalista. En sus textos, el psicoanálisis aparece ya desbordando el encierro de una técnica terapéutica para entrar en el terreno de lo social y lo político. Por eso, su disidencia no se limita a cuestionar una pertenencia corporativa: pone en juego una pregunta más incómoda, más íntima también, sobre qué significa sostener una práctica cuando la realidad histórica exige dejar de lado la falsa neutralidad.

En los documentos del grupo Documento, esa decisión se formula como una disidencia “de base”, que obliga a replantear el papel del psicoanálisis en la transformación de la sociedad. Leída desde hoy, esa posición conserva algo de inquietante: muestra que no hay escucha inocente, y que el analista no se sitúa por fuera del mundo que lo atraviesa, sino en el punto exacto donde ese mundo le demanda una respuesta ética.

De esta manera, se evidencia que desde Freud y Lacan, devenir analista no equivale a recibir una habilitación, sino a construir una relación singular con la práctica, la teoría y el propio deseo. Desde allí se vuelve posible leer a los autores argentinos, no como una simple prolongación de estos planteos, sino como quienes los despliegan en una escena histórica y política concreta, donde la institución, la calle y el malestar social introducen matices decisivos.

II. La clínica entre la época y la ética

II. 1 Del "ser" al "estar"

Fernando Ulloa (1995), a propósito de su práctica institucional, se pregunta cómo estar psicoanalista y no morir en la demanda. Si bien lo relaciona a la importancia de que exista una demanda para que una intervención desde nuestro campo sea pertinente, anticipa que la clave de la respuesta radica en la utilización deliberada del verbo "*estar*" por sobre el "*ser*".

El *ser* tiene un estatuto ontológico rígido, remite a una identidad fija, transparente y preconcebida. Afirmar "soy psicoanalista" suele convocar a las representaciones hegemónicas sobre la profesión. Esa imagen está acaparada por el diván, el consultorio privado y un profesional más silente que parlante. [1]

Ulloa (1995) concibe el quehacer analítico como un oficio que no se apoya en las garantías de lo instituido, sino en la singularidad de lo que inventa e instituye el transcurso mismo de la práctica. El *estar psicoanalista* alude a la plasticidad de moldear la intervención en función del sufrimiento de cada sujeto y de las coordenadas de la época. Así, la teoría deja de funcionar como el refugio de la certeza del saber, para convertirse en la condición de posibilidad de una escucha situada y de una responsabilidad ética.

Esta flexibilidad que conlleva el planteo de Ulloa, resuena con la propuesta de Silvia Bleichmar (2005) respecto a la necesidad de sostener los paradigmas desligándose del lastre. Si la práctica en instituciones, comunidades y territorios pone en evidencia la insuficiencia de los encuadres tradicionales y de los estereotipos profesionales, es porque la clínica psicoanalítica no puede permanecer inmune a las transformaciones de la época ni tomar a los principales teóricos de nuestra materia como el dogma a repetir.

En efecto, el "lastre" al que alude Bleichmar está emparentado con el "ser" petrificado que cuestiona Ulloa. ¿No será que lo instituido brinda una falsa garantía de creer que sabemos de antemano qué hacer ante lo impredecible del sufrimiento?

Desprenderse del lastre no implica perder rigor teórico, o convertir al psicoanálisis en una práctica pragmática perdiendo especificidad. Por el contrario, supone un movimiento de responsabilidad ética: despojar la teoría de formulaciones cristalizadas para hacerla hablar desde su potencia instituyente.

---

[1] En relación con esto, resulta ilustradora una charla con un docente de la Facultad de Psicología, Andrés, que trabaja en un Centro de Salud de Rosario. Al preguntarle si se considera psicoanalista, su respuesta fue que no, a pesar de orientar su práctica en dicho marco teórico. Andrés argumentaba la dificultad de identificarse con esa etiqueta porque en la cotidianeidad del dispositivo territorial juega al fútbol en el patio con los usuarios, donde a veces se chocan o se insultan. Desde el prejuicio del ser, él no se considera parte. Sin embargo, en esa misma flexibilidad, se despliega el estar psicoanalista.

En esta línea, sostener los paradigmas exige interrogarlos desde las coordenadas del presente. Es por esto que no interesa tanto la literalidad de lo escrito como las preguntas que nos hacen los textos. Por eso, cuando un analista juega al fútbol, no deja de hacer psicoanálisis, sino que comprendió la ética de su transmisión. No se trata de descalificar al encuadre clásico ni de adjetivar como analítica a cualquier práctica por el solo hecho de salirse de la regla, sino de advertir que, cuando la técnica se rigidiza en un estándar, corre el riesgo de degradarse en una repetición que obtura la singularidad en juego. Por eso, lo esencial es la posición ética desde la cual se piensan las intervenciones.

II.2 La ética del semejante: entre la responsabilidad y la ligadura simbólica

En la intersección donde la clínica se encuentra con la trama social e histórica, es donde los aportes de Silvia Bleichmar cobran relevancia. Para la autora (2009) resulta imprescindible trazar una distinción entre la constitución del psiquismo y la producción de subjetividad. Mientras que la primera refiere a las leyes del inconsciente y la estructuración pulsional, la producción de subjetividad es una construcción histórica, atravesada por las condiciones sociales, económicas y políticas de una época determinada. Las formas de subjetivación varían según las condiciones materiales y los discursos circulantes: no se produce el mismo tipo de subjetividad ni los mismos modos de filiación en distintos proyectos de país y de época.

De allí que la formación del analista requiera, no sólo una aprehensión de la metapsicología freudiana, sino también una sensibilidad crítica para leer de qué modo el malestar actual impacta en los sujetos. Se trata de una praxis que, al mismo tiempo que sostiene la singularidad del sufrimiento inconsciente, rehúsa aislarse del tejido social y se compromete en una cura concebida desde una mirada integral.

Frente a coyunturas signadas por la fragmentación social, el desamparo institucional y/o la precarización de las vidas, Bleichmar (2007) advierte sobre el riesgo de que los sujetos queden reducidos a la mera supervivencia biológica. Cuando el entramado comunitario se desarticula a partir de condiciones materiales de existencia cada vez más apremiantes, el otro deja de ser un semejante para pasar a ser una competencia, o incluso un enemigo. Es en ese horizonte crítico donde la praxis del analista adquiere una dimensión ético-política: su intervención debe orientarse a restituir los lazos sociales identificatorios.

Esta perspectiva exige revisar la función misma del síntoma en la clínica contemporánea. Si el padecimiento no puede desvincularse de la época en que se produce, la intervención del analista no puede limitarse a la búsqueda de una causalidad

puramente intrapsíquica que aísle al sujeto de sus condiciones de existencia. Cuando la realidad externa irrumpe de manera arrasadora, a través del desempleo, la violencia o la imposibilidad de proyectar a futuro, la angustia responde al impacto directo sobre la posibilidad misma de sostener un lugar en el mundo. Por lo tanto, operar sobre ese malestar implica reconectarlo con el entramado discursivo que lo genera, impidiendo que el dolor se traduzca en una cuestión meramente individual.

En la presencia del semejante, tal como lo explica la Bleichmar (2007), está el fundamento de la ética. Debido a que la humanización en la cultura es ineludible para el ser humano, el semejante es inherente a su constitución psíquica. Es de los otros de quienes recibimos todo lo que nos constituye, tanto el amor como el dolor. De este modo, el semejante nos aleja del egoísmo porque introduce una presencia tensionante. Acá es donde la ética psicoanalítica encuentra su razón de ser: haber sido objeto de amor para otro desde el inicio de la vida, y reconocer en esa presencia la condición de posibilidad de la existencia, no sólo material sino subjetiva, funda una responsabilidad con el semejante.

Resulta relevante destacar el modo en que la ética para Silvia Bleichmar se une con la responsabilidad a partir del concepto de semejante. En ese sentido, la ética, las más de las veces implica cuestionar la moral que la funda. Entonces, ¿cuál es la responsabilidad del analista?

Desde la perspectiva de Bleichmar (2011), el analista opera fundamentalmente como un semejante, en la medida en que la clínica actual demanda restituir una función de ligadura simbólica allí donde las garantías institucionales y comunitarias se quebrantaron. La responsabilidad sobre el otro, que constituye el núcleo de la ética psicoanalítica, implica entender que el sufrimiento no es una falla individual, sino una herida provocada por la vulnerabilidad en la que el sujeto queda expuesto.

Así como una cancha de fútbol en un Centro de Salud demuestra que el *estar analista* desborda el encuadre tradicional, la clínica bleichmariana nos enseña que el psicoanálisis, en tanto práctica situada, empieza donde alguien deja de ser un cuerpo anónimo para recuperar su nombre. Escuchar la historia de un sujeto no es una operación abstracta: es un acto de filiación. En tiempos donde el mercado reduce la vida a la urgencia y al desecho, la escucha analítica se vuelve un acto de resistencia que le devuelve al padecer su dignidad simbólica.

Consideraciones finales

El recorrido desarrollado por el presente Trabajo Integrador Final partió de la pregunta clínica, ética y política: ¿cómo se deviene analista en las coordenadas de nuestra época? El uso del verbo “devenir” deja entrever la intencionalidad de la interrogación, porque lejos de pensar al analista como un punto de llegada, más bien refiere al proceso continuo de interpelación al que somos llamados quienes elegimos al psicoanálisis como marco teórico.

Por consiguiente, la cuestión no se acaba en la obtención de un título o en la pertenencia a alguna escuela. En ese sentido, que no exista el título de analista, pero sí el de psicólogo, ilustra la potencia de nuestro campo. El psicoanálisis no se condensa en un aval institucional, más bien, se reproduce en la clínica situada, en la escucha subjetivante y en toda práctica ética que comprenda al sufrimiento ajeno como una responsabilidad propia. Responsabilidad no como sinónimo de culpa, sino como compromiso.

La hipótesis desplegada en este trabajo referente a que la tensión con lo instituido hace a la estructura del psicoanálisis fue confirmada, no solo con la historia del campo mismo, sino también con los aportes desarrollados de diferentes psicoanalistas influyentes.

Desde las elaboraciones freudianas, el trípode clásico del análisis personal, el estudio de la teoría y la supervisión, no responde a la lógica clásica de la formación entendida como saber cristalizado. Por el contrario, ubica en primer plano la confrontación con la falta de saber. Es a partir del tránsito por la propia experiencia analizante que el futuro practicante descubre que la herramienta fundamental del psicoanálisis no es el dominar una metapsicología, sino la capacidad de bordear el vacío. Sumando el análisis personal y la supervisión, Freud nos dice que el psicoanálisis no se aprehende en soledad y de una vez.

Jacques Lacan radicalizó esta postura desplazando el eje de la autorización: la práctica no recibe su validez de la tutela burocrática de una institución consagrada, sino de la asunción de una responsabilidad subjetiva e ineludible frente al propio acto. Volvemos a encontrar una ruptura con lo instituido de la época, representado en el análisis didáctico propuesto por la Asociación Internacional de Psicoanálisis como garantía del “ser analista”.

En el contexto de nuestro país, el psicoanálisis encontró un cauce histórico singular en las rupturas de los colectivos Plataforma y Documento durante la década de 1970. Dichas experiencias cuestionaron con vehemencia la pretendida neutralidad de las instituciones psicoanalíticas tradicionales, demostrando que la formación no puede

desvincularse del tejido social y los avatares históricos, porque es en ellos donde se inscribe el sufrimiento humano.

En esa misma línea de pensamiento, se desarrollaron los aportes de Fernando Ulloa y Silvia Bleichmar, cuyas conceptualizaciones resultaron indispensables para resaltar la potencia instituyente del psicoanálisis. Potencia que no sería tal si nuestros libros fueran dogmas. En ese sentido, queda abierta la problemática de la transmisión en una institución académica que en muchas ocasiones reduce la enseñanza a la lectura.

Vincular el "ser" de Ulloa con el "lastre" de Bleichmar fue el contrapunto de la viñeta clínica de Andrés. En la imagen de un analista jugando al fútbol con usuarios en una institución pública se refleja el ágalma de este trabajo: qué importa la densidad de mi biblioteca si no sé jugar con otros. Allí donde la salud mental se configura como un campo interdisciplinario y atravesado por tensiones sociales, el psicoanálisis no se aísla en el consultorio privado. Por el contrario, interviene en las instituciones y territorios para recordar que la salud mental no se agota en la gestión del síntoma, sino que es siempre una construcción subjetiva y comunitaria con los más variados matices. Por eso considero que el *estar analista* apunta a una clínica del detalle, aquella que se deja afectar por el malestar social. El detalle de observar el entre líneas del sufrimiento singular, el detalle de interpelar la práctica desde la creatividad.

Recuperar a Bleichmar en esta encrucijada implica dejarnos atravesar por la pregunta respecto a desde dónde escuchamos. Cuando la teoría pierde su cadencia vital y se convierte en un refugio defensivo, el analista corre el riesgo de atrincherarse en un saber técnico que, en algún punto, lo preserva, pero que lo desconecta del padecer. La ética del semejante nos exige, por el contrario, la valentía de soportar la propia conmoción: reconocer que no estamos inmunes a los impactos de la época y que la eficacia de nuestra escucha no radica en la distancia imparcial. En esto consiste precisamente la regla de la abstinencia, a diferencia de la pretendida neutralidad que descompromete la práctica: en la disponibilidad para alojar la vulnerabilidad del otro sin pretender normativizarla. Asumir esa fragilidad compartida es, quizás, la condición indispensable para que el psicoanálisis siga siendo una experiencia viva.

En tiempos donde prima el arrasamiento subjetivo, la mercantilización de la vida y el individualismo resguardado en una pantalla, el psicoanálisis tiene un desafío decisivo. Y si lo pongo a su nombre, es porque desde su origen lo envuelve la convicción de un malestar inherente en la cultura, y lejos de reducirse a una mera descripción de la realidad, funda su compromiso ético con el padecer.

De esta manera, devenir analista alude inevitablemente a un posicionamiento ético que remite a la búsqueda permanente en los intersticios del saber. En ese sentido,

la ética es el entre líneas del trípode freudiano: articula transversalmente los tres pilares con el sufrimiento de una época, y la ternura (Ulloa, 1995) necesaria para elaborarla.

Referencias bibliográficas

Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Editorial Topía.

———. (2007). *Dolor país y después…* Editorial Libros del Zorzal.

———. (2009). *El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo.* Editorial Topía.

———. (2011). *La construcción del sujeto ético*. Editorial Paidós.

Caeiro, A., Pérez, C. D., y Gerez Ambertín, M. (2009). La formación del psicoanalista. *Topía*. https://www.topia.com.ar/articulos/la-formaci%C3%B3n-del-psicoanalista

Carpintero, E., & Vainer, A. (2005). *Las huellas de la memoria II: Psicoanálisis y salud mental en la Argentina de los '60 y '70. Tomo II: 1970-1983*. Editorial Topía.

Dagfal, A., y González, M. E. (2012). El psicólogo como psicoanalista: Problemas de formación y autorización. *Intersecciones Psi*, (2).

Freud, S. (1986). Recomendaciones al médico que practica el psicoanálisis. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 12, pp. 107-119). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1912).

———. (1986). 16.ª conferencia. Psicoanálisis y psiquiatría. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte II)*. *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 15, pp. 223-234). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1917).

———. (1986). ¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 17, pp. 165-171). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1919).

———. (1986). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., Vol. 18, pp. 63-136). Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1921).

Lacan, J. (2012). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos* (pp. 261-277). Editorial Paidós. (Trabajo original publicado en 1967).

Ros, M. L. (2024). *La formación del psicoanálisis*. Escuela de Orientación Lacaniana. https://www.eolblog.ar/la-formacion-del-psicoanalisis/

Ulloa, F. O. (1995). *Novela clínica psicoanalítica: Historial de una práctica*. Editorial Paidós.